

## Ponencia 1

### UN ESTUDIO PRELIMINAR DE LA HISTERIA MASCULINA EN EL PSICOANÁLISIS DE ORIENTACIÓN LACANIANA

Lic. Nora Carbone, Lic. Candela Díaz Medina, Dr. Gastón Piazze

[carbonenc@yahoo.com.ar](mailto:carbonenc@yahoo.com.ar)

Laboratorio de Investigación en Psicopatología y Psicoanálisis.

Facultad de Psicología | Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

## Resumen

Uno de los tópicos a trabajar en nuestro proyecto es el de la histeria masculina. El lugar marginal que el estudio de esta variedad neurótica tuvo, tanto en las investigaciones psiquiátricas como en las psicoanalíticas, ha dejado una vacancia epistemológica que habilita una renovada exploración, teniendo en cuenta que nuestra práctica indica que se trata de un tema de actualidad clínica. Así, el presente trabajo -de corte netamente preliminar- recoge el estado del arte sobre esta forma de la histeria en el psicoanálisis de orientación lacaniana. Por medio de la exégesis de textos balizamos sus principales aportes, extrayendo de ellos los interrogantes que guiarán los ulteriores pasos a dar en relación con este capítulo de la investigación.

En primer lugar, sondeamos el planteo señero propuesto por Jacques Lacan en los '50, cuando articula la histeria masculina con el esquema Z. Con la ayuda del análisis del caso del maquinista de Eisler ([1921] 1987) y su comparación con "Dora", reúne en idéntica pregunta a ambas vertientes y deja irresuelto el problema de la especificidad de la histeria en el varón. Ese punto ciego es remontado por uno de sus seguidores, Pierre Bruno, quien propone la hipótesis del odio sobredeterminado al padre como el rasgo estructural distintivo de la variedad masculina de esta neurosis. El autor aventura que el meollo de la pregunta que la misma encierra, tendría como resorte la particular relación con el padre en el Edipo, marcada por una hostilidad que se convierte en una maniobra para tomar distancia de la confrontación con la castración imaginaria, vivida como una amenaza a la virilidad. El refugio en la posición femenina que de allí resulta conduce al histérico varón a un impasse o estancamiento subjetivo en cuanto a su sexuación.

A *posteriori*, se revisaron los desarrollos lacanianos sobre Hamlet y Sócrates, presuntos "histéricos", para dilucidar, respectivamente, las vicisitudes del deseo y el saber en esta estructura. Tal vía, que no parece aportar al esclarecimiento de una clínica diferencial de

la histeria masculina, sí lo hace a la distinción del discurso histérico. Por ese camino indirecto, se llegó a las declinaciones del saber “hacer de hombre” en el varón y en la mujer histéricos. La lectura de Lacan sobre el héroe del “Despertar de la primavera” de Wedekind, lo eleva -según Bruno- al rango de paradigma de la histeria masculina, en tanto se excluye de ser uno entre los hombres y toma un lugar de excepción que pone sobre el tapete, según nuestro punto de vista, una versión neurótica del “empuje-a-la-mujer”.

En los '70, Lacan aborda en términos lógicos el problema de los vínculos entre la elección de goce y la posición sexuada y arriba a la conclusión de que tal encrucijada produce una distribución entre el goce fálico y el Otro goce. La neurosis histérica, que siempre supone la identificación viril -el “hacer de hombre”- para ambos sexos, se ubica bajo la égida de la norma-macho y se ve forzada a una forma del goce fálico, anticipada en el *Seminario 17* como goce de la privación. Ahora bien, si se ubica claramente del lado hombre de las fórmulas de la sexuación, la histeria nos propone una singular situación “cuando tiene cuerpo de mujer”. El *impasse* del que se trata radica así en que las histéricas, a la vez que *homosexuadas*, son mujeres, lo que las conduciría -aunque no lo sepan- a encarnar “lo Otro” en el encuentro sexual. Ese “ser lo Otro”, a lo que las empuja su cuerpo de mujer, atestigua que una histérica no puede serlo “del todo”. ¿Cuáles son las diferencias que pueden plantearse entonces respecto del goce cuando la histeria tiene “cuerpo de varón”? ¿Acaso sólo el histérico hombre puede ser “todo” histérico? Es lo que termina por indicar Lacan en “*Joyce, el síntoma II*” (1975), cuando sostiene, sorprendentemente, una superioridad masculina en materia de histeria, punto problemático que constituye una nueva piedra de toque para nuestra investigación.

Finalmente, examinamos las posibles vías de abordaje que se desprenden de la última etapa de la enseñanza de Lacan, cuando formula el *sinthome* histérico a partir de la denominada “armadura del amor al padre”, anudamiento que estabiliza la posición histérica haciendo un uso peculiar de la función paterna. Cabe preguntarse por el sesgo particular que ese arreglo adquiere en la histeria masculina si se confirma la hipótesis de Pierre Bruno sobre el odio al padre como su rasgo específico. Hacemos nuestra esa hipótesis, que atraviesa todo el recorrido preliminar realizado, a fin de ponerla a prueba en el desarrollo de este proyecto.

**Palabras clave:** Histeria, varón, psicoanálisis, diagnóstico diferencial



## **Abstract**

One of the topics to work on our project is that of male hysteria. The marginal place that the study of this neurotic variety had in both psychiatric and psychoanalytic research has left an epistemological vacancy that enables a renewed exploration, bearing in mind that our practice indicates that it is a topic of clinical relevance. Thus, the present work - clearly preliminary cut - picks up the state of the art on this form of hysteria in the Lacanian-oriented psychoanalysis. Through the exegesis of texts, we mark their main contributions, extracting from them the questions that will guide the further steps to be taken in relation to this chapter of the research.

In the first place, we probe Lacan's proposed proposition in the 1950s, when he articulated male hysteria with Scheme Z. With the help of Eisler's machinist's analysis of the case and his comparison with Dora, he put the same question on both sides and leaves unresolved the problem of the specificity of hysteria in the male. That blind spot is traced by one of his followers, Pierre Bruno, who proposes the overdetermined hate hypothesis to the father as the distinctive structural feature of the masculine variety of this neurosis. The author ventures that the crux of the question that it encloses would have as spring the particular relation with the father in the Oedipus, marked by a hostility that becomes a maneuver to distance itself from the confrontation with the imaginary castration, lived like a Threat to manhood. The refuge in the feminine position that results therefrom leads the hysterical male to an impasse or subjective stagnation as to his sexualization.

Subsequently, the Lacanian developments on Hamlet and Socrates, presumed "hysterical", were revised to elucidate, respectively, the vicissitudes of desire and knowledge in this structure. Such a way, which does not seem to contribute to the clarification of a differential clinic of masculine hysteria, does to the distinction of hysterical discourse. Through this indirect path, we came to the declinations of "man-made" knowledge in the hysterical male and female. The reading of Lacan on the hero of Wedekind's "Awakening of Spring", elevates him - according to Bruno - to the rank of paradigm of masculine hysteria, while it is excluded from being one among men and takes a place of exception that puts on the mat, according to our point of view, a neurotic version of the "push-to-the-woman."

In the 1970s Lacan tackled in logical terms the problem of the links between the choice of enjoyment and the sexual position and to the conclusion that such a crossroads produces a distribution between phallic enjoyment and the other enjoyment. The hysterical neurosis, which always implies manly identification - the "man-making" - for both sexes, is placed

[184]

under the aegis of the male standard and is forced into a form of phallic enjoyment anticipated in *Seminar 17* as enjoyment of deprivation. Now, if it is clearly located on the man side of the formulas of sexuation, hysteria proposes a singular situation "when it has a woman's body". The impasse in question is thus that the hysterical, as well as homosexuals, are women, which would lead them - even if they do not know it - to incarnate "the Other" in the sexual encounter. That "being the Other", pushed by her female body, testifies that a hysteric can not be "totally". What are the differences that can then be raised regarding enjoyment when hysteria has a "male body"? Can only the hysterical man be "all" hysterical? This is what Lacan ends up in "Joyce, Symptom II" (1975), when he surprisingly maintains a masculine superiority in hysteria, a problematic point that constitutes a new touchstone for our investigation.

Finally, we examine the possible approaches that come out of the last stage of Lacan's teaching, when he formulates the hysterical sinthome from the so-called "father-love armor," a knot that stabilizes the hysterical position by making a peculiar use of The paternal function. The particular bias that this arrangement acquires in male hysteria can be questioned if Pierre Bruno's hypothesis of hatred of the father as his specific trait is confirmed. We make our own this hypothesis, which goes through the whole preliminary course, in order to test it in the development of this project.

**Keywords:** hysteria, male, psychoanalysis, differential diagnosis

## Introducción

Una investigación que aborda el cuadro de la histeria en el varón desde la perspectiva del diagnóstico diferencial puede crear la impresión de que es posible concebir un tipo clínico a partir de la división femenino-masculino. Por el contrario, podría pensarse que una clínica estructural trasciende los géneros. Sin embargo, nos hemos habituado a hablar de histeria en femenino, así como de neurosis obsesiva en masculino. Y aun cuando Jacques Lacan señala que la histeria no es obligatoriamente una mujer ni el obsesivo obligatoriamente un hombre, es cierto que raramente objetó tal disimetría. Del mismo modo, "Dora" sigue siendo el caso *princeps* sobre la histeria y el "Hombre de las Ratas" el de la neurosis obsesiva.

El estudio de la histeria masculina, sus relaciones con la histeria en la mujer, con los trazos perversos de homosexualidad, con el "sustrato de síntomas histéricos" en la neurosis obsesiva e, incluso, con presentaciones traumáticas con síntomas corporales,

[185]

resulta entonces un tema de indudable valor clínico, que invita a precisar sus rasgos fenoménico-estructurales distintivos en pos de la claridad diagnóstica y de una adecuada terapéutica. Por otra parte, los escasos desarrollos teóricos producidos sobre esta materia, sobre todo en los últimos años, dan cuenta de una vacancia epistemológica que amerita una exploración y una elaboración de saber sistemáticas.

En tal sentido, el presente trabajo se propone realizar, mediante la exégesis de textos, un examen preliminar de la noción clínica de histeria masculina en la orientación lacaniana a fin de extraer los interrogantes que darán cuerpo a nuestra investigación. Guiarán nuestro derrotero las referencias a la envoltura formal del síntoma, a la posición subjetiva frente al deseo y al goce, a la estructura fantasmática, así como a la problemática de la sexuación y a la particularidad del arreglo sinthomático.

## **I. La clínica de las preguntas: la histeria masculina y el problema de la paternidad**

Uno de los hitos insoslayables sobre el problema de la histeria masculina en Lacan se halla en el *Seminario III*, en dos capítulos destinados al estudio de la llamada “pregunta histórica”. Allí, con el esquema Z como herramienta conceptual, señala, como uno de los elementos determinantes de la neurosis, el planteo de una pregunta en el eje simbólico, que, en el caso de la histeria, se da bajo la forma de un interrogante por la femineidad. Esta afirmación, magistralmente ilustrada con el caso “Dora”, encuentra su fundamento en la dialéctica de lo imaginario y lo simbólico en el Complejo de Edipo. Releyendo los textos freudianos más tardíos sobre ese tema, Lacan sitúa los resortes del acceso a la posición sexuada en el varón y en la mujer más allá de la anatomía, a nivel del significante. La existencia de un solo significante para ambos sexos, el falo, es la que imprime la disimetría en el Edipo y obliga a la mujer a hacer un rodeo adicional: la identificación con el padre. Ahora bien, es justamente debido a su lugar en la composición del Edipo que dicha identificación con el padre se convierte, en la histeria femenina, en una ventaja, en un medio para aprehender imaginariamente lo que no logra simbolizar e implica para ella un misterio.

El caso de la histeria masculina, afirma Lacan, es “más complejo”. En tanto la realización edípica está mejor estructurada en el hombre, la pregunta histórica tiene menos posibilidades de formularse, lo que constituye la razón estructural de la menor frecuencia de casos de histeria en el varón en relación con la mujer. Pero cuando se formula, agrega, lo hace “del mismo modo”, esto es, también atañe a la posición femenina. Esto abre un doble interrogante: por una parte, si es posible encontrar, más allá de los accidentes biográficos de cada quien, alguna constante estructural que obstaculice esa

[186]

“realización edípica” supuestamente mejor constituida en el varón y posibilite el planteo de la pregunta histérica. Por otra, si ese “del mismo modo”, que mancomuna al histérico y a la histérica en idéntica pregunta, no admite algún sesgo diferencial. El interrogante por la procreación, presente en el análisis del caso del maquinista de Eisler, pone sobre el tapete la esencia problemática de la paternidad, término que, al igual que la maternidad, no se sitúa pura y simplemente a nivel de la experiencia.

Pierre Bruno (1985), reconocido psicoanalista de orientación lacaniana, retoma estos planteos y propone la siguiente hipótesis: habría en el varón histérico un embrollamiento, una interferencia del padre simbólico en virtud de una arbitrariedad e impotencia imaginizadas, que alcanzan a su función de agente privador en el segundo tiempo del Edipo. De allí extrae, como rasgo específico de la histeria masculina, un odio sobredeterminado frente al padre. Basándose en una relectura del caso Hainzmann de Sigmund Freud y en casos clínicos particulares, el autor sostiene que dicho odio se sostiene en dos razones antinómicas, ya que se dirige tanto al padre arbitrario que separa al sujeto de un goce posible de la madre, como a aquel cuya insuficiencia no lo protege de ese mismo goce. El rasgo diferencial del odio al padre -que habilita también la discusión comparativa con la figura del padre odiado en la neurosis obsesiva-, escondería, en la histeria masculina, el fantasma de seducción por el padre, que el precario recurso a su degradación no logra remontar. Así, relea el estatuto general del Edipo invertido bajo los dos aspectos estructurales del Nombre-del Padre: el amor al símbolo, que resguarda del capricho del Otro materno, exige en segunda instancia la aceptación de la castración: si el sujeto reniega sacrificar ese goce, queda siempre con la posibilidad de imaginarse en posición femenina frente al padre, lo que suscita el fantasma homosexual histérico. Tal es, para Bruno y sus seguidores, el núcleo del impasse subjetivo del histérico varón: éste se ubica en la suspensión de la elección del sexo, como efecto de un doble retroceso frente a la castración, ya que no la acepta del lado masculino (retrocediendo ante el enfrentamiento con el padre) ni del lado femenino (retrocediendo ante el posicionamiento femenino en relación al mismo).

En suma, las vías de explicación posible que se desprenden de esta teorización acerca de cómo puede ser histérico un varón se centran en los siguientes aspectos estructurales: en primer lugar, el histérico se hallaría en un impasse o estancamiento subjetivo en cuanto a su sexuación y el meollo de su pregunta neurótica tendría como resorte la particular relación con el padre en el Edipo, signada por el odio. La posición femenina le serviría, a su vez, como refugio fantasmático frente a la castración, vivida como una amenaza a la virilidad. Estas hipótesis, junto al interrogante sobre el lugar que puede adquirir la identificación con ese padre odiado en la formación de síntomas,

[187]

merecen ser exploradas exhaustivamente y puestas a prueba en el marco de nuestra investigación.

## II. Deseo y saber en el histérico ¿varón?

Si avanzamos en la obra de Lacan, encontramos nuevas referencias al “histérico”, aunque no parecen destinadas a elucidar el diagnóstico diferencial ni a cernir un tipo clínico. En el *Seminario VI*, “El deseo y su interpretación” (1959-1960), revisa la perspectiva freudiana sobre el *Hamlet* de William Shakespeare. Recordemos que en la carta 71 escrita a Fliess en 1897, Freud no dudaba en afirmar que Hamlet era un histérico, fundamentando su posición tanto en la conciencia de culpa inconsciente de raíz edípica que lo volvía cobarde para matar a su tío, como en su enajenación sexual respecto de Ofelia, su desestimación de engendrar hijos y la punición que obtenía en experimentar el mismo destino que el padre. La figura del héroe es retomada luego en “La interpretación de los sueños” para ilustrar los avatares de la trama edípica, y es esa línea, la que articula el Edipo y la castración con el deseo, la que va a interesar a Lacan. En tal sentido, toma la vacilación de Hamlet para cumplir con la tarea de matar a su tío como el paradigma de la tragedia del deseo, en la medida en que “muestra la neurosis” estructurada justamente en torno a la dificultad para reencontrar el lugar del deseo. Es ese obstáculo, próximo a lo que en la histeria implica hacerse un deseo insatisfecho lo que acerca a Hamlet a la posición histérica, aun cuando la comparación con la obsesión, que ocupa a Lacan en varios párrafos, amerite un examen cuidadoso.

Si el abordaje de Hamlet esclarece el lugar del deseo en la estructura neurótica desde la fórmula del fantasma, no parece arrojar elementos para establecer rasgos diferenciales entre la histeria femenina y la masculina. En la misma línea, se encuentra el estudio sobre Sócrates, también llamado “histérico”, que desarrolla en el Seminario “La Transferencia” (1960-1961). La relación de Sócrates con la histeria tiene como epicentro el saber y no los síntomas, saber que trasmuta la “*doxa*” en “*episteme*”. Sócrates se niega a entrar en el juego del amor con Alcibíades, quien descubre en él el agalma que lo vuelve deseable, porque sabe. Así, se escabulle de hacer semblante de objeto *a* en el fantasma del joven y ardiente interlocutor. Unos años más tarde, en “Radiofonía” (1977) Lacan retoma la relación entre Sócrates, histeria y saber para afirmar que si el filósofo griego es un histérico es porque pone al amo frente a la apuesta de producir un saber. Hamlet, el histérico, echa luz sobre el problema del deseo en la histeria, así como Sócrates, otro histérico, lo hace con el problema del saber. Y si bien nada parecen aportar para la dilucidación de una clínica diferencial de la histeria masculina, sí lo hacen,

[188]

en la obra de Lacan, a la distinción del discurso histérico. Es por esa vía indirecta, que el estudio de estos personajes puede contribuir al tema que nos ocupa.

Tal es la línea que siguen Bruno y sus colaboradores, que se interrogan sobre las incidencias de la elaboración conceptual del discurso histérico en el problema de la histeria masculina. Partiendo de la hipótesis propuesta por Lacan en su Seminario “De un Otro al otro” (1968-1969) en donde dice que “el histérico hace de hombre que supondría saber la mujer” (Lacan, 1969: 349), estos autores atribuyen como rasgo de estructura invariante, la suposición de un saber sobre la mujer que siempre está en manos de un hombre. Sin embargo, proponen diferencias en el “hacer de hombre” en uno y otro caso. Para la mujer histérica, se trataría, como lo indica Lacan en “La dirección de la cura” (1958), de una identificación con el hombre al que supone un saber sobre la mujer. Al hombre histérico, en cambio, le toca hacer de hombre que supuestamente sabe la mujer, tal como lo ejemplifica el fantasma del Don Juan. Pero es por la vía de la identificación con el padre muerto, que como vimos se imaginariza como impotente o como implacable, que el histérico varón intenta responder, lo que lo deja en un impasse subjetivo respecto a su posición frente al sexo. Los autores sintetizan su perspectiva arriesgando que quizá podría fundarse el paradigma del histérico en la figura de Moritz, héroe del “Despertar de la primavera” de Wedekind. Como lo dice Lacan en el texto del mismo nombre (1974): “Queda que un hombre se haga El hombre al situarse como Uno-entre otros, al incluirse entre sus semejantes. Moritz, exceptuándose, se excluye en el más allá, sólo allí se cuenta, y no por casualidad entre los muertos, como excluido de lo real” (1974, 111) Por eso en la obra se lo califica de “muchacha”, que es sólo una y quiere seguir siéndolo, lugar de excepción al que accede, como el histérico en su impasse, poniendo en juego a la muerte. Esta línea de investigación, que abre numerosos interrogantes, será retomada en el marco de nuestra indagación. ¿Puede hablarse de una versión neurótica de un empuje a la mujer en la histeria masculina?

### **III. Vicisitudes del goce en la histeria con “cuerpo de varón”**

Finalmente, cabe hacer una referencia a la elaboración de la histeria -y de la histeria masculina- en el período de la enseñanza de Lacan de los '70, ya que allí se introduce un problema hasta ahora no abordado, que es el de la relación con el goce. Sabemos que la división que Lacan propone en su Seminario “Aún” (1972-1973) con las llamadas fórmulas de la sexuación precisa, en términos lógicos, la divergencia entre el goce llamado fálico y el Otro goce, propiamente femenino. Y bien, si efectivamente se afirma

allí que es electivo colocarse de uno o de otro lado de estas fórmulas, queda claro que la histeria se ubica del “lado hombre” de las fórmulas de la sexuación. La histeria, que como dijimos es hacer de hombre, se escribe ahora “*homosexuelle*”, *hombresexuada*, ya que queda bajo el yugo del goce al que está constreñida la “norma-macho”, es decir, el goce fálico. Aunque de este goce ella posee su versión particular, ya anticipada en el *Seminario 17*, como goce de la privación. Ahora bien, si se ubica claramente del lado hombre de las fórmulas de la sexuación, la histeria nos propone una singular situación “cuando tiene cuerpo de mujer”. El *impasse* del que se trata radica así en que las histéricas -no la histeria, las histéricas- a la vez que *homosexuadas*, por otra parte, son mujeres, lo que las conduciría -aunque no lo sepan, o incluso no quieran saber nada de eso- a encarnar “lo Otro” en el encuentro sexual. Ese “ser lo Otro”, a lo que las empuja su cuerpo de mujer, nos señala que una histérica no puede serlo “del todo”: por mucho que se empece en su histeria siempre será “no-toda histérica”. ¿Cuáles son las diferencias que pueden plantearse entonces respecto del goce cuando la histeria tiene “cuerpo de varón”? ¿acaso sólo el histérico hombre puede ser todo histérico? Es lo que termina por indicar Lacan en “Joyce, el síntoma II” (1975), cuando sostiene, sorprendentemente, una superioridad masculina en materia de histeria. Los desarrollos teórico-clínicos al respecto, son, en la orientación lacaniana, prácticamente inexistentes e incitan a una búsqueda epistemológica cuidadosa.

#### IV. Un *sinthome* posible para la histeria masculina: la armadura del odio al padre

Hacia el final de su obra, Lacan construye un modelo de nudo neurótico propuesto como una cadena borromea, en la cual el cuarto eslabón -*sinthome*- mantiene reunidos los tres registros de lo simbólico, lo imaginario y lo real. En este contexto transforma su concepción del síntoma y del padre y formula el *sinthome* histérico, específicamente, a partir de la denominada “armadura del amor al padre”. El término francés *armature* designa aquí el armazón que otorga una singular estabilidad y consistencia al sujeto histérico y su cuerpo. *Sinthome* histérico que, respondiendo al lapsus de la estructura -que no hay relación sexual-, garantiza en el síntoma conversivo la estabilidad que algunas histerias manifiestan. Si consideramos que puede deducirse de aquí que la histeria hace un singular uso de la función paterna, sosteniéndose en el amor al padre, cabe preguntarse por la declinación particular que ese arreglo adquirirá en la histeria masculina si se confirma la hipótesis de Pierre Bruno sobre el odio al padre como su rasgo específico. Conceptos que serán puestos en tensión en el estudio que nos proponemos emprender.

[190]

## Conclusión

El estado del arte hasta aquí desarrollado, nos ha permitido cernir los interrogantes cardinales que servirán de tabla de orientación para nuestra tarea investigativa sobre el problemático campo teórico-clínico de la histeria masculina. Dos vías de abordaje, acaso complementarias, se desprenden de allí. Por una parte, desde el temprano enfoque estructuralista hasta la teoría de los nudos, se advierte una insistencia en la figura del padre, que evoca el “armazón” alrededor del cual Freud hizo girar el determinismo del paradigma de la *petite hystérie*. Ese andamiaje, que en la histeria femenina está signado por el amor al padre, se fundaría, para la forma masculina de esta afección, en una *pèrversion* centrada en su opuesto, vale decir, en el odio hacia él. Por otra parte, nuevas “consecuencias” de la diferencia sexual anatómica se ponen sobre el tapete a la hora de pensar la especificidad de la histeria masculina, si se tiene en cuenta la perspectiva del goce. La posibilidad de contemplar un goce *todo* fálico en quien tiene “cuerpo de varón”, imprimiría, creemos, otro sesgo de estructura diferencial a la variante masculina respecto de su par femenino, haciendo de aquella -valga la paradoja- la histeria por excelencia. Tales serán entonces nuestras hipótesis de trabajo, a verificar en el desarrollo de este proyecto de investigación.

## Referencias bibliográficas

- Bruno, P. (1985). “1886-1986: la histeria masculina”. En *Histeria y Obsesión*. Buenos Aires, Manantial, 1987, p.106-112.
- Eisler, J. ([1921] 1987) “La fantasía inconciente de embarazo en un hombre, manifestada como histeria traumática”. En *Serie Desinencias*, Biblioteca Internacional de Psicoanálisis, s/d.
- Lacan, J. (1955-1956) *El Seminario, Libro III, Las Psicosis*. Buenos Aires : Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1958-1959) *Le Séminaire, Livre VI, Le désir et son interprétation*. Lecciones 13 a 18. Inédito.
- \_\_\_\_\_ (1960-1961). *El Seminario, Libro VIII, La Transferencia*. Buenos Aires : Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1968-1969). *El Seminario, Libro XVI, De un Otro al otro*. Buenos Aires : Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1969-1970). *El Seminario, Libro XVII, El reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1972-73). *El Seminario, Libro XX, Aún*. Buenos Aires : Paidós.



\_\_\_\_\_ (1974). "El despertar de la primavera". En *Intervenciones y textos*. Buenos Aires : Manantial.

\_\_\_\_\_ (1975). "Joyce, el síntoma II". En *Uno por Uno, Revista Mundial de Psicoanálisis* (edición latinoamericana), 45, s/p.

\_\_\_\_\_ (1976). *El Seminario, Libro XXIII*. Buenos Aires: Paidós.

\_\_\_\_\_ (1977). "Radiofonía". En *Otros Escritos*. Buenos Aires: Paidós.

\_\_\_\_\_ (1976-77). *El seminario, libro XXIV L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre*, inédito.

